

TRISTÁN SOLARTE

Antología
poética 1950/2000

TRISTÁN SOLARTE

*Antología
poética 1950/2000*



Academia Panameña
de la Lengua

ISBN 978-9962-651-91-8

© 2014, Tristán Solarte y Academia Panameña de la Lengua.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Diseño gráfico e impresión:

Editora Novo Art, S.A.

www.editoranovoart.com

Diagramación y portada, Pedro Antonio Argudo

Edición de textos y estilo, Montserrat de Adames

Primera edición, 2014

200 ejemplares



Presentación

Con motivo de celebrarse este año de 2014 sesenta y cinco años de la publicación de *Voces y paisajes de vida y muerte*, de Tristán Solarte, académico de número y director sustituto de la Academia Panameña de la Lengua, los miembros de la junta directiva aprobaron conmemorar el acontecimiento literario con la publicación de una antología de su obra poética.

POEMA BÁRBARO

A Rogelio Sinán

Voy a envolver mis pasos con la sombra
de un pez cualquiera
para escalar esta cumbre de niebla
Mi voz se yergue en medio del viento
como una estatua del sueño
Voy a hablar de mí de mi padre devorado por las uvas
de mi abuelo sideral espantapájaros
consumido por la niebla
del ángel de mi guarda dulce compañía
pastor de mi muerte
fina campanada creciéndome entre el alba y la noche
cómplice de todos mis pecados
De mi hermana Mireya
que se ocultaba detrás de unos anteojos oscuros
para que no la encontrara el día
De mi madre que perdió toda una vida
tejiendo con luciérnagas
el traje que había de lucir un gallo en las madrugadas
del más allá
Traigo frente a mí un relámpago inmovilizado
a la altura de la frente
Por mis manos se desliza un río
por estas mismas manos que un día soltaron
las amarras del mar
Por mis ojos campos yernos donde pastan antiguos
Bueyes regresa Mambrú triste y cansado.

EN EL ONCENO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MI MADRE

Perdóname por haberte retenido en la tierra,
perdóname por no haber roto las raíces
que en mí hundió tu recuerdo.
Perdóname por haber conservado tus trenzas,
tus negras trenzas
que en el fondo del baúl familiar continuaron creciendo.

Perdóname los sueños en que agoté tu ternura.
Perdóname tus gestos, tu voz,
que prolongaron mis noches de insomnio.

Perdóname las voces con que te he llamado.
Perdóname las fiebres que al borde de mi lecho
te han reclamado.
Y por haberte envejecido, perdóname madre.

Once años han pasado sobre el rostro
que conserva mi memoria.
Cada pena mía le ha abierto una arruga,
le ha arrancado una lágrima.

Once años te he hecho vivir en mí
con dolorosa y cotidiana hondura.
Once años arrancados al silencio absoluto,
a las aguas definitivamente niveladas.
Once años que he retrasado tu amorosa
entrega a la muerte,
que te he condenado a velar mi sueño.

Hoy, que ya regreso de la vida,
que una helada quietud me va alejando
de todo lo que he sido,
vengo a decirte con once años de retraso:
Descansa en paz,
yo también voy a rendirme al silencio que tú invocaste.

CONFESIÓN

Yo vi las esferas
Yo toqué las fronteras
y mis manos se mancharon de eternidad
El silencio me extravió del mundo
Ahora puedo escuchar
los interminables comadreo de los muertos
en la paz simétrica de los necrocomios
Yo sé el volumen exacto de infierno
que hay en cada tumba
Y hay signos de hielo en mis labios
Conozco nombres y rostros
que me callo entornando los párpados
En noches de oscuridad sin fin
saco al viento mi *fantasmómetro*
Eso soy yo señoras y señores
el despreciable el desterrado el réprobo
Huid de mí
Crucificadme en el fondo de un río
que yo renaceré al tercer día de vuestra muerte

EN LA ISLA (1934)

Era entonces el mar brece de viento
y de voz.
Matinal, *pajarecido*, de gozosa luz,
de bien repartido
sol.
Claro de aguas él, yo de pensamiento.

DESEO

¡Ay, si a la *Mona Lisa*
pudiera dinamitarle
las compuertas de su risa!

ELEGÍA A UN SONETO

*(que se me perdió junto con la factura
de la Fuerza y Luz y otros papeles importantes)*

Ya no habrá de volver el cadencioso
encanto de tus sílabas de brisa
a dar a los oídos el reposo
de la encontrada forma (la sumisa

palabra que adhirió su luminoso
cristal al sentimiento). La indecisa
memoria solo guardará un borroso
recuerdo de tu música precisa.

Pero tal vez, tal vez no se ha extraviado.
Acaso fue a parar al hondo cielo
donde un san Pedro oficinista eleva

hasta Platón los versos olvidados
por poetas que los graban en el hielo.
Y un ángel los derrite y se los lleva.

MONOTONÍA

Los años repetidos junto al mar,
con el verano encallado en sus playas
y la indeleble rosa de las tardes,
me han dejado su huella de infinito
en el corazón que se ocultó de Dios.

EN EL CREPÚSCULO LLUVIOSO

La lluvia vespertina ha precisado
tu recuerdo: contemplo el cielo, el lodo,
la gris profundidad del aire, y todo
me define tu rostro acongojado.

Como el agua, tu rostro ha salpicado
de marinas distancias y de yodo
todo el opaco atardecer, de modo
que el aire suena a mares fatigados.

Tersura virginal, mejilla-brisa,
temblor de acuario, dulce transparencia
de una lágrima, tímida sonrisa.

Memento misterioso en la cadencia
del agua remachando en la repisa
la infinita oquedad de tu presencia.

ADÁNICA

El dios que quise ser me ha castigado:
me ha tocado con sus manos soñadas
el costado, y del fondo de mi ser
ha brotado –como una llamarada
que me ciega– esta forma de mujer.

FINAL

Me voy. El cuerpo ya me viene estrecho
como un viejo traje.

Terminaron los novillos, poeta.

Ya es hora de regresar
a la clara escuela del silencio.

Arroja las palabras, el luto,
los pobres versos.

Ponte ligero de corazón y de recuerdos
para el viaje interminable.

ONÁN

Onán: amor se ciega de tristeza
en tu mirada. Luces de otros ojos
hoy brillan en los tuyos. ¿Qué fijeza
de sol pone en tu piel estos sonrojos?

Te siento herido. Toda la belleza
se embosca en tu camino en luz y abrojos,
que para hundirte se pondrá de hinojos
la diosa azul de lúbrica aspereza.

Mas todo, todo en tu camino es sombra:
es sombra amor, y la voz que te nombra
es sombra de otras voces que no te aman

en tu nocturno anhelo solitario,
que un ángel muerto tañe el campanario
¡y están muertas las manos que te llaman!

ADIÓS

Acaso las palabras de mi canto
se vuelvan contra mi alma en tus oídos,
y en aires de silencio desmedido
me pierda el ritmo en que vacié mi llanto.

No habrá perdón a tanta pausa y tanto
amargo balbuceo sin sentido
(ardiente llaga, piel de mi gemido,
sombrío muladar de mi quebranto).

Pero tal vez, cuando haya yo purgado
en limbos de silencio mi pecado,
levantarás el velo que cubría

la desnudez radiante de las cosas,
y en la secreta lumbre de la rosa
me abrasarás el alma de poesía.

APROXIMACIÓN POÉTICA A LA MUERTE

*«Y esos muertos quisieran un gabán
para arropar sus sueños bajo tierra».*

—Demetrio Korsi, «Sinfonía en gris»

Fuimos al cementerio, ¿recuerdas?, a visitar
la tumba de tu hermano.
El cementerio situado en las afueras del pueblo,
a la orilla del mar
como un puerto de extravió.
Mi vida está llena de esos montoncitos de tierra
descuidados,
de esos herbazales furiosos
que la disputan el sustento a los muertos.
Por aquí y por allá vagaban, entre los escombros
de las tumbas, crujientes cangrejos blancos
como hechos de cartílagos hambrientos.
Me miraste entonces, pensando quizás
en cómo luciría bajo el polvo, descarnado.
Tus labios me rozaron la mejilla
en un beso helado y compasivo.

Te sonreí entonces en señal de asentimiento
y comprensión.
Me recuerdas a mi madre en lo más profundo de tus ojos.
Mi madre era alta y bella; cuando muera, suplicaba, no
me entierren en el pueblo, en ese horrible cementerio.
Yo he visto marejadas espantosas
sacar los huesos de las tumbas,
desparramarlos por la arena con la espuma bisbiseante.

De noche la muerte se hace con la voz del mar
quebrándose en los riscos.
Todo enmudece lleno del ser perdido
y se empapa de su extremoso aliento.

¡Ay! Qué solo me han ido dejando
todos estos años de separación;
todos los parientes que se me han muerto
en los postres de aquellas cenas fabulosas;
las veces que han pintado tu casa y la mía,
mi casa, mi bella casa de madera
ahora convertida en hotel.
Cuando paso cerca de su mole de sueño,
pensamientos sin sentido
oscurecen el presente:
regla de tres compuesta y los viajes de Colón.
Quebrados y las partes del cuerpo humano.
Una victrola quejumbrosa portátil
y las canciones aquellas
que se cantaban con los bronquios.
Todo se ha venido de la mano a tus rodillas
y en tus muslos se aclaran los temores.
Aquí de la guitarra y las lecciones de dibujo,
y Josefina Guzmán en «tiempos del serrucho».
André Bretón y la escritura automática
y la poesía verdadera en cuya busca nos perdemos
y el verso en cuya espera
gasté los años del amor.
(Cada vez más distante, más distante,
brillante y limpia de pura lejanía
y en tanto el sueño afirmaba
en mis entrañas su dominio).

Alcemos las manos sudorosas
para que de lleno les dé la luz crepuscular
que aflige el fondo de mi alma
con esta perspectiva de cruces,
de cercas de madera, de marismas sibilantes.
Cada nombre es más dulce que el otro,
más dulce, y estos límites cenicientos
no pueden contenerlos.
De ahí la plácida melancolía que agita el viento
junto a nosotros.
De ahí la fuga deliciosa y el fuego ambiguo
que sientes en el pecho.
En serio: la muerte nada significa
si uno no puede vaciar hasta el mismo fondo
el calor del alma y el calor del cuerpo:
si con *ellos* podemos hacerle un hijo varón al tiempo.

Pero mira aquí, allí, detrás de ese tronco podrido,
esa lápida mohosa: mil ochocientos sesenta y...
¿no sientes como un brillo santo el arrobó,
la gracias de no sé cuántas ansiedades;
la bondad, la solicitud,
los celos sin sentido, el chotis de largo alcance,
la voz preciosa y grave
y un poco de cansancio satisfecho?
Así será conmigo.
Y tú alzarás una valla contra el viento
y la marea.
Y vendrán los meses de sequía
a quemar las silvestres margaritas.
Y el invierno, aislador de voluntades,
a remover la tierra húmeda,
a dejar su pala fría sobre mis huesos.

De mi corazón se extenderá a la playa
una azul fosforescencia exacerbada por la espuma,
una alondra misteriosa,
un suspiro delicado.
Y dentro de muchos años, en el mismo sitio,
un poeta joven y pálido y enamorado
vendrá a meditar en la esencia de la muerte
y de la vida,
en la esencia del amor y del olvido;
y escuchará venir del viento
mi voz desfigurada por la espera,
y en el túnel resonante de su alma sentirá
encadenarse una a una las sílabas melodiosas
de ese verso anhelado.
Y tú estarás allí también, en los pliegues
más profundos de las letras,
en el mismo seno de la yámbica, celestial dulzura,
amada hasta el silencio y la locura.
Mira cómo sube al cielo el halo dorado
y yerto de la tarde.

¿No sientes ovillarse bajo ese montoncito de tierra
un cuerpo adolescente?
¿En qué otra tumba se agitará el término de su abrazo?
Así de noche nos ceñíamos desnudos en tu lecho,
y quizás la muerte también se ovillaba a tu lado,
entre las sábanas,
como una adolescente temerosa;
y, así, nos perdíamos de placer los dos, los tres,
unidos por el miedo y por la edad.
¡Ay, mi pobre amiga! ¡Ay, mi pobre amiga:
qué solo me estoy quedando! ¡Qué solo
me estoy quedando!

El viento seguirá con su clamor de bronce
por el espejo tejido del palmar.
Y por las vivientes islas irán de nuevo
siniestros hombres de abordaje
al amparo del sueño y de la sombra.
Naves cargadas de legajos polvorientos
surcarán la mar en altas horas de silencio.
El rey de los *chánguinas* decapitado
rondará los higuerones.
Los colgantes puentes de los astros
llegarán a escarcha de rumores
con la luna en la visión lesbiana del jardín.
Y el capitán negrero le sacará la lengua al tiburón
y a cada una de sus rémoras:
princesa desnuda de carnes *platescentes*:
el cielo se cebará en tu cuerpo
te tatará la boca el paraíso.

En tanto, volvamos a las tumbas
y al dibujo grave de la luz.
Volvamos al silencio rebosante de seres contenidos.
Volvamos a la tristeza que te embarga
en esta tarde renacida.
Volvamos a los excesos del crepúsculo
sobre las aguas de la bahía.
Volvamos a la muerte
y a la comprensión poética de la muerte
y a la explicación un tanto pobre
que escuchas deslumbrada.
Debes sentirte libre de temor.
Quisiera darte un poco de mi paz.
Quisiera darte a comprender la razón del cielo,
la razón de Dios que nos escucha pensativo;
la razón del ángel de la guarda y la razón del polvo,

la delicada razón del polvo que ya no puede más.
Quisiera darte con detalle las razones todas
del inmenso orgullo que me ciega,
y por qué de pronto adquiere un sentido luminoso
la vida de ese idiota, de ese pobre loco
que en vida solo habló con tartajeos broncos y babosos,
y cuya tumba se ha cubierto
de margaritas prodigiosas;
decirte del abismo que alumbró tu hermano;
de la difteria que arrebató a la niña,
y cómo, en el mismo instante de su muerte,
Dios se asomó a la vida por sus ojos
soñolientos y cansados.

Hablarte de todas estas cosas que parecen
misteriosas y lejanas;
pero que son sencillas, simples y sencillas en el fondo;
y cuya verdad a veces tú vislumbras
en el resplandor del sueño,
en esa luz que llega a ti dudando,
arrastrando su claridad terrible
por entre mozos que desnudó tu infancia,
toallas sanitarias, espejos rotos, gatos negros,
zumbidos que ensanchan hasta el infinito
el infierno negro de tus párpados cerrados,
fantasmas quejumbrosos y modestos
en cuya frente brillan los chirridos,
y ciudades superpuestas en la sombra helada
llenas de malicia y de sangre.

Quisiera yo que en esta charla rayada de símbolos
se te diera el mayor tesoro,
el mismo tesoro que acumulé en una larga
y corta vida de éxtasis y desengaño:

el tesoro que escondí del malo y la codicia,
del voluptuoso, del sabio, del cantor a secas, del rico,
del pirata, del sacerdote, del poderoso,
del hombre de la vida
y las mozas del partido.
Quisiera yo romper las tirantes lindes,
el duro cerco de palabras
que me separa de tu ser amado
y me condena a pasar a solas la larga
y oscura noche de mi espera atormentada.
Que escucharas con atención
y pusieras todos tus sentidos;
que en lo alto el cielo confirmara su belleza
y tú pusieras el alma
a ras del silencio de esos muertos,
a nivel de su atención sin mancha.
Mas sé que es imposible llegarle con discursos
al mismo corazón.
Sé que es inútil la palabra
si el que escucha no se ha limpiado antes
de toda alegría y llanto,
Si no ha renunciado al dolor
y a la congoja,
al placer de la sombra
y al gusto amargo de la danza y la canción.
Si aún espera de los números la respuesta,
del olvido la paz,
y de la noche el sueño.

Tal vez he llorado un poco de tristeza.
La muerte me ha abierto todos sus secretos,
todas las puertas que les cerró a la ciencia
y a la bruja,
y el corazón me pesa de tanto que se me va perdiendo

en las sombras de esta noche que se nos viene encima.
Estoy sereno: las horas del aullido y del crujir de dientes
se han ido para siempre.

Estoy dispuesto a cualquier extremo,
la mirada fija en las simas reveladas,
valiente el pecho y el rostro erguido.

Estoy dispuesto a afrontarlo todo
y a decir un SÍ grandioso a todas las formas
que vuelvan a la luz desde el vacío.

En el confín del viento el caracol me espera
y las manos me tiemblan de impaciencia;
pero me siento melancólico,

lleno de resignación

y desesperanza por esta paz que no he buscado;

por estas tumbas que se alzan en mi vida,

por estas nubes llenas de parientes idos,

y por Lulú, la tía abuela de los ojos tristes

que tomaba ginebra con gotas amargas

para aliviarse la sordera;

y por Tomás, el de las minas de oro y el bigote recortado,

y por el tío Juan, viejo y nostálgico, de dedos amarillos,

y tantos tantos que me ahogo de silencio

y las lágrimas me suben a los ojos,

y recuesto la cabeza en tus muslos maternos

en tanto Edipo me hace guiños maliciosos,

relámpagos azulados

que suben desde el fondo del abismo

que cercan mis párpados cerrados.

Frente a la muerte solo morir se cabe,

solo el recogimiento nos dará su clima desmedido y cruel.

«*Perchance to dream!*»; mas no habrá sueño que nos valga

«en ese sueño de la muerte» del viejo Shakespeare;

no habrá visión que nos devuelva el ojo

a sus delicadas superficies ni a sus honduras plenas;
ni senos que nos lastimen lo bastante hondo
para darle al corazón la sombra de un latido.
Al sexo se lo tragará la tierra.
Y solo del calor que los otros sientan en la noche,
del calor que recogerán del aire, del calor del alma
y del calor del cuerpo del que hablaba,
volveremos a estar en el reino dulce de las cosas,
en el reino dulce de los celos
y del cambio
y en la belleza impura de las islas y del verso.
Por eso, dame la mano y callemos la esperanza
y los temores viscerales, húmedos y oscuros.
Dame la mano, la mano cálida y fina
ya señalada por la noche.
Callemos la sencillez meridiana del misterio.
Dejemos a las gentes en su temblor mortal;
dejemos que hablen de la nada, de hogueras infernales,
de almas en pena, de castigos tomados
por la eternidad al tiempo;
del crujir de dientes,
de la resurrección de la carne,
del premio celestial al bueno y al sumiso,
del juicio final,
y también a los otros, a los de la reencarnación,
y a los sabios que dicen que todo se acaba con la vida.
Frente a la muerte solo morirse cabe,
y al muerto solo le queda
gozar su muerte en paz.
Solo le toca hartarse de su muerte
por toda la eternidad,
sin interferencias, sin testigos
ajenos a la muerte,
sin oraciones de dudosa eficacia,

sin crepones negros, sin novenarios,
sin tazas de café y sin coronas insultantes.
Frente a la muerte solo morir se cabe,
solo el recogimiento nos dará su clima desmedido y cruel.

¿Y los que vuelven a la vida?
¿Los que vuelven a la vida y encuentran
su alcoba ocupada por extraños,
y con que el hermano menor le usa los zapatos,
y que a la novia le ha vuelto el color a las mejillas?
Ya su sustancia se le ha restado del mundo,
y la sombra del árbol y los jardines blancos
no se conforman a su presencia,
y habrá de sentirse rechazado delicadamente
por las cosas
y por las parejas que se estrujan en la noche.
*Estoy de más, se dice abrumado de nostalgia,
estoy de más, estoy de más.*
Y volverá de puntillas al panteón,
y en tanto, otros huesos ocupan ya su tumba
y otro muerto se interpone entre él y el silencio,
que es la verdadera esencia de este mundo y de los otros.
*Ahora sí que estoy solo, pensará, ahora sí que estoy solo,
solo en la vida y en la muerte.*
Y arrebujándose de sombras sin sentido,
se dejará tragar por el frío insondable de la noche.
Por eso dame tu mano y callemos
las visiones que se acercan desventradas.

Frente a la muerte solo morir se cabe.
No debemos resistirnos al impacto terrible.
Déjate arrebatar por el silencio
y lo demás se te dará por graciosa añadidura.

Dame la mano y callemos
las promesas que se ensañan en nosotros.
Démosles un adiós grave y melancólico
a estas cruces, a estas tumbas,
a este cementerio situado en las afueras del pueblo,
a la orilla del mar como un puerto de extravío.
Dame tu mano y vámonos,
vámonos al pueblo, a tu casa, al calor de mis muertos,
a copular al amparo de la noche,
del silencio, del olvido y del miedo.

ENCUENTRO

Octubre habrá encendido cien hogueras
para alumbrar tus pasos en la arena
y señalarme el sitio en que me esperas
pensando acaso si valdrá la pena.

La noche aquella (como si se hubiera
partido un eslabón en la cadena)
no ha cambiado: parece que luciera
el mismo firmamento de azucena.

Memoria rebosante de sucesos
y mil y una ocasión desperdiciadas.
Doblado enteramente por el peso

de los años pensar que el tiempo es nada,
que es río con declive de regreso
y brisa eternamente renovada.

RECUERDO

Trepada a un árbol de cabeza cana
en Zegla, a orillas del Teribe, un día
(mil novecientos treinta y seis) veía
desfilan la corriente heraclitana.

Con las enaguas rojas de tu hermana
el tiempo por lo bajo discurría,
y *el agua es clara y fresca* –me decías–,
y lenta y dulce ha sido la semana.

Feliz, serenamente grave, atento
miraba lo que me ibas señalando
con un dedo meñique adolescente:

bajo esas hojas que sacude el viento,
una guabina –estabas explicando–
¡y mira: un dios ahogado en la corriente!

PRESENTACIÓN DE LA TULIVIEJA

Pero si es muy sencillo:
avanza ciegamente en la neblina
tanteando su terreno
con un tosco bastón de *gasparillo*,
hincando huellas de águila en el cieno
horrendo en que camina.
Silencio: no hagas ruido,
aguza los oídos,
escucha su silbido
de pájaro asustado,
sauce llorón mesándose el cabello,
buscando en la corriente aquel destello
que fulguró en los ojos del ahogado.

ASÍ (POCO MÁS O MENOS)

Mr. William Shakespeare
revolviéndose en su tumba
tocando a Marlowe en el hombre
sacudiéndolo suavemente
List O list poeta crapuloso
Marlowe virándose
boca arriba
fastidiado,
tapándose los oídos con azufre
O for heaven's sake

GRAN CABANGA CON UNA PEQUEÑA VENGANZA

Estoy comiéndome un cabangón rancio.
Y duro como una suela de zapato.

Me muero por tocar de nuevo
tus muslos de tinaja, cholita linda.
Y por volver a oír el firme taconeo
sobre la acera
que solía llenar de rostros
los huecos de todas las ventanas.
Y por sentir celos
y deseos.
Y odiar la legión de mis rivales.

Daría los años que me quedan por un endecasílabo
que (en aquel entonces)
estallara en tus delirios
como una cascada de reproches.

MEMENTO

Cautiva imagen, entre dos espejos,
mirando prolongarse al infinito
el rostro de un desconocido, un viejo
de ojos tristes y párpados marchitos.

La mano, puro hueso y pellejo,
vuela a la boca para ahogar un grito,
eslabonando secos morabitos
que avanzan a medida que me alejo.

Vertiginoso, móvil palimpsesto
de lívidos ancianos repetidos:
arrugas, queratosis, piel cetrina,

petrificados en el mismo gesto
del que de pronto se ha reconocido
en el extraño que dobló la esquina.

DE MADRUGADA

Un portazo, tal vez,
para que el poeta se despierte así, de golpe,
y se siente en la cama
sobrecogido,
sudando frío.

Un portazo, sin duda alguna.
Galope de caballos desbocados en el pecho.

También:
aire cargado de maldiciones
a duras penas contenidas.
Un índice amenazando.
Dos seres que se odian
frente a frente en la tiniebla.

No imagines cosas.
Estás nervioso.
Miedo.
Miedo a la oscuridad,
a los cacos,
al endurecimiento de las arterias,
a la gota de agua en la bañera,
a los perros que ladran en Halt Over,
a las imprecaciones de un borracho,
a los mozos que en cualquier momento
vendrán a traerle una serenata a tu vecina.

A TADEO BROWN

«...para arropar sus sueños bajo tierra».
—Demetrio Korsi, «Sinfonía en gris»

Esta noche sentí tu frío de patriarca
en mis huesos.
Un barco negrero anclado en la bahía.

Cuídate mucho, varón ilustre.
Arrópate bien con tu mortaja.
Y que te acune, con su vaivén de hamaca,
la marea.

A GARZA (PARA UN ESPEJISMO AL REVÉS)

Hermano Garza: Algún día escampará.
El agua se irá filtrando
de
capa
en
capa
hasta perderse bajo las raíces mismas
de esos cactus que erizan tus nostálgicas visiones.

RETRATO

Mi bisabuelo, o mi tatarabuelo
paterno, el de la tétrica sonrisa,
contrabandista audaz , varón de pelo
en pecho y lüengas barbas de ceniza.

Distante, altivo, frío como el hielo,
no quiso a nadie por vivir de prisa:
lo vieron los océanos y los cielos
pasar como una ráfaga de brisa.

Mi bisabuela, o mi tatarabuela,
mujer de mar, mulata retrechera
y arisca, llamarada de canela

radiante, puso fin a su carrera
—es la pura verdad, aunque me duela—
con el temblor letal de sus caderas.

NOSTALGIA Y MIEDO

Ayer pasé frente al solar vacío
donde hace tiempo estuvo nuestra casa.
¡Sentí una cabanga!

y miedo
de que por aquel espacio en blanco
una noche de estas se fuese
el resto de la aldea.

CABANGA

El tornado arrancó de cuajo la decoración,
y ya nadie baila el *rungús*,
torpe
pero sumisa
Gwendolyn.
Gwendolyn de los callejones
y las escaleras.
Gwendolyn bajo el mango *tree*,
Gwendolyn con su lengua de *ackee*
lamiendo,
alisando
mis arrugas,
tiñéndome las canas;
aliviándome el lumbago con sus manitas tibias
como guijarros al sol;
y sus senos aromáticos, balsámicos; y su pubis de ortiga;
y su *pumpum*
para jugar a caerme en sueños,
al Latá,
al *one-two-three*
all the time I knew where you been,
one-two-three-salga de ahí,
al *no-sipibilit*
y a otro juego, cuyo nombre
tengo en la punta de la lengua.

PEARLY

«*in a kingdom by the sea...*».

—Poe

Todos la amábamos exactamente del mismo modo
y ella estaba enamorada del grupo todo
y de cada uno de nosotros en particular,
en un paraíso junto al mar.

Si me veía
cabizbajo un día,
pegaba su mejilla,
fresca como el agua de lluvia, a la mía,
y acariciándome la nuca con la punta de sus dedos,
espantaba aquel pesar sin fondo
y sin orillas que ya entonces me acosaba.

Y lo mismo hacía
con todos, desde el primero
hasta el último compañero.

De manera
que en nosotros
la tristeza
era cosa pasajera.

Y nadie sentía celos de los otros.
Y todos habríamos sido eternamente
felices, para siempre adolescentes,
si el tiempo no se hubiese embalado
locamente,
y ella no hubiese resuelto sentar cabeza,
y las nuestras no se hubieran llenado
de canas
y ambiciones,
de absurdas fantasías

y de ilusiones
vanas.

Si no hubiésemos saltado
al mundo adulto, y perdido
la acuidad de los sentidos.
Estruendo y resplandor. Ciego, sordo,
en vano me ofrecías
el paraíso en tu expendio
de inocentes alegrías.

Y yo no hubiera partido un día en el barco aquel
con su naufragio a bordo.
Atrás quedaba, para siempre, el caserío empotrado
en la ondulante falda de un incendio.
Por favor, no me digas
que desde el balcón donde amamantabas a tu crío
(acariciándole la nuca con dedos de oro
cargados de electricidad), querida amiga,
ansiosamente
no seguiste —con ojos que aún añoro—
la silueta humeante, mientras trabajosamente
descifraba el laberinto de canales,
erizados de corales
belicosas, que bloquean la entrada a la bahía
y al más luminoso misterio de tu vida y de la mía.

GALERÍA

*Que viva en la memoria mía
y fuera de ella eternamente*

McKling, el carretonero.
Durante la semana: bloques de hielo, sacos de carbón
(carbón soñando con un destino de rubí o de cenizas),
montañas de zarzaparrilla,
mugrienta camiseta.
Descalzo. Bigotes con puntas doblegadas
por la ley de la gravedad.
Un metro cincuenta de estatura.
Fuerte, como el caballo nalgón que era su socio,
los domingos desaparecía
a galopar príncipes encantados
que derrotan el mal a besos.
A veces.
Los domingos de McKling: botines de charol,
(frac perfecto,
impeccable, respetado reverentemente por solo Dios
sabe cuántas generaciones de polillas.
Guantes blancos, blanquísimos,
animados por un temblor de brisa
o de gaviota a punto de remontar el vuelo.
Chistera-rascacielos.
Las guías del bigote apuntaban temerariamente al cenit,
como si invisibles guerreros con cascos en punta
desfilaran interminablemente frente a él.
No había pájaro que se atreviera a volarle encima,
ni lluvia que nos valiera,
ni viento que no se parase en seco
ni ojo que no lo viera.

Que viva en la memoria mía
y fuera de ella
eternamente
McKling, el carretonero.

LA ESPERA

¡Ah!, despegar la oreja de la almohada,
que el corazón ahogara sus latidos
(fragor de estetoscopio en tus oídos),
permanecer atento a la llamada.

No tardará en la insomne madrugada,
aleteando en el aire enrarecido,
la voz que se desgaja del olvido
o que una mano exprime de la nada.

Es un mensaje (no te lo imaginas)
de felicitación o de condena
(sutil caricia, ruda bofetada).

Pendiente de la brisa matutina,
que nadie re distraiga por si suena
con despegar la oreja de la almohada.

RAYO DE CORDURA

Farol quisiera ser en noche oscura,
entre avenida G y calle Tercera,
para ver el fantasma de quien era
hacerle un ágil quite a la locura.

Halo de insectos, láser de basura
ardiendo en la penumbra callejera,
quisiera comprender por fin, quisiera
captar al vuelo el rayo de cordura.

¿Me mostró aquel relámpago de hielo
el hoyo negro al fondo de mi cielo
(atroz succión de estrella comprimida)?

Farol, espectador, actor, fanteche,
¿qué fue lo que en verdad pasó esa noche
entre la calle oscura y la avenida?

LOS PELIGROS DEL FARO FANTASMA

¿Recuerdas la canoa sin remero
y aquel batir sus alas de falena
y aquel sonido sordo de cadenas
y el roce de oxidados *chumaceros*?

¿A dónde irá el difunto marinero
¡tan tarde ya!, con su barcaza llena,
de bote en bote, de ánimas en pena
y fantasmas de torvos bucaneros?

Protégelo del faro que extravía
a quienes se aventuran mar afuera.
Que no lo engañe el resplandor remoto,

no vaya a ser que lo intercepte el día,
o lo sorprendan lanchas patrulleras
sin zarpe ni licencia de piloto.

GREASY MAN

En noches negras, repentinamente
salía cuando menos lo esperabas:
resbaladiza sombra, te rozaba
la punta de los senos dulcemente

con dedos intangibles, inocentes.
Y una descarga eléctrica rayaba
tu cuerpo y mi desvelo. Él se esfumaba
como surgía, misteriosamente.

Que Dios bondadoso haya perdonado
por fin al pobre espectro descarriado,
que siguió sucumbiendo a tentaciones

del siglo. Y que perdone a este celoso,
que nunca se tragó lo del grasoso
palpándote en oscuros callejones.

LA DAMA OSCURA

«*Mad slanderers by mad ear's belleved*»

.....
«*If snow be white, why then her breasts are dun
If hairs be wires, black wires grow on her head*»

.....
«*Then will I swear beauty herself is black*»

.....
«*But now is black beauty's successive heir*»

.....
«*Thy black is fairest in my judgement*»

— William Shakespeare, «Sonnets»

Dicen que era no sé quién.

Dicen que dizque era una aristócrata italiana,
cuya casa un vecino chismoso
te vio abandonando sigilosamente
a altas horas de la noche.

Pero tú y yo sabemos la verdad.

Conocemos de memoria la disposición exacta
de cada mueble, arista y rodapié.

In fact,

a tientas y en puntillas somos capaces
de localizar la cama donde ella nos aguarda
bostezando.

Nuestras manos están bien familiarizadas
con la camisa basta

y la interminable sucesión de enaguas y corpiños
que la protegen

de lo que fue en una aldea de chozas puntiagudas
que nunca ha dejado de añorar.

Nuestros dedos son ágiles,

y ya desatamos la liana, milagrosamente conservada,

que asegura el taparrabos.
¡Con cuánta delicadeza y reverencia
lo recogemos del piso,
y vamos a colgarlo (alisándolo cuidadosamente)
sobre el espaldar de la silla!
Y entonces sí.
Entonces sí que nos aplicamos a acariciar
los alambres rígidamente enroscados
en su cabeza de medusa
y sus pechos tan parecidos a la choza
donde vino al mundo
para dulcificar nuestra fatiga de furtivos venadores
confinados en este espectral bastión de la neblina.
Y entonces sí.
Y entonces sí que en la penumbra
brilla su cuerpo de pantera.
Y entonces sí que al besar el triángulo de Bermuda,
oímos un apagado,
lejano tronar de tambores, que en la noche de tu alma
y en la noche de su cuerpo
transmiten la buena nueva a las aldeas más distantes,
y se regocijan las mujeres en torno a sus fogones;
y la tribu rival llama en consulta urgente
a su consejo de ancianos;
y se mueren de envidia
los guerreros más apuestos y feroces;
y de un plumazo tachas
todas las alondras que en el mundo han sido.

¿Qué hemos hecho para ser dignos de ella?
Hablando francamente: no eres gran cosa,
con tu calvicie terminal y mi principio de gota.
Nunca fuimos diestros ni con la capa ni con la espada.
Actor mediocre que a veces olvida sus parlamentos,
¿qué pudo ver en ti ELLA,
concebida en la mejor de las lunas,
en esa noche única entre todas las noches
cuando el anillo de Capricornio se afloja
dejando libre a Venus,
que como un aerolito inextinguible
atraviesa todas las constelaciones
para instalarse en la Novena Casa
y encender, en el centro mismo de la sala,
una hoguera de esmeralda.

Y mientras tanto,
mientras disfrutamos de este regalo inmerecido,
en las habitaciones superiores
duerme el sueño de Lucrecia
(inocente de lo que ocurre en la pieza del sótano)
la dueña de la casa,
su amita,
la italiana a quien, andando el tiempo,
eruditos distraídos
levantarían una calumnia tan monstruosa.

EN LA NOCHE DEL 19 DE AGOSTO DE 1976

Llegué a Nueva York en abril de 1975.
Apenas si me había acomodado en el taxi
que me llevaría del aeropuerto a la ciudad,
cuando sentí que se abría la puerta silenciosamente
y te sentabas a mi lado.

Tenía muchos años de no pensar en ti
y debo de haber hecho un gesto de sorpresa,
que tú seguramente interpretaste mal,
porque, con una humildad que me partió el alma,
te fuiste deslizando imperceptiblemente
hacia el extremo opuesto del asiento
procurando no estorbar;
y apoyaste las manos en las rodillas,
y pegaste la frente al cristal de la ventana.
Yo me limité a seguir la dirección de tu mirada
y a ver cómo tus ojos
reducían imágenes deslumbrantes
a su emoción original,
cuya aterradora fuente, en la niebla enrojecida,
fluía mansamente oscureciendo y encendiendo
alternativamente
chopos y sotacaballos,
olivos y guarumos.

Y no salíamos de tu asombro.
Y ya no me abandonaste.
Durante cuatro días con sus noches me acompañaste
a todas partes,
temeroso de que yo no fuese a advertir
la secreta armonía de la ciudad:
la sutil correspondencia entre galán,

y consolando en voz alta a los dos banderilleros,
cuyas muertes, vistosas y dignas,
les van a ser arrebatadas.
Y cuando llegue la hora, juntaremos nuestros miedos
para oponerles a los verdugos
tu rostro más sereno.
Después.
Ya lo sabes: El Valle.
Yo, que lo conozco como la palma de tu mano,
seré tu guía.
Iré infundiéndote ánimos por el camino
hasta dejarte a las puertas mismas del reino
que nos tienen prometido.
Y permaneceré afuera, al alcance de tu voz y de tus oídos
hasta que tus ojos
se hayan acostumbrado a la cegadora claridad.

ARS MORIENDI

El hombre que al morir recuerda cosas,
cositas, sombras de cositas, flores
en celo, deslumbrantes mariposas
y un mar azul listado de verdes;

y rosas y rodillas espinosas,
y muslos entreabiertos a colores,
se muere de la muerte más hermosa
y vuela a un paraíso de pintores.

En cambio, aquel que invoca esplendorosas
ciudadelas guardadas por cuestores
feroces, y utopías luminosas,

lo mandan a un infierno de oradores
o lleno de estreñidos pensadores,
todos de una elocuencia pavorosa.

NEW APPROACHE

¿Figuro yo en el inventario helado
de tus nostalgias? No me dejes fuera,
mi amor, del archipiélago añorado
ni del invierno hincado en sus riberas.

Para poder vivir lo recordado
el tiempo se ha devuelto en la escollera;
y yo recuerdo el pueblo, desvelado,
y tú cuentas mis pasos en la acera.

¿Lo ves? El sol sin nubes ha incendiado
tus pechos bajo el agua del pasado:
todo es de nuevo como entonces era.

Cautivo de un instante yo quisiera
tocar, arder en el fulgor dorado,
abrazarme llorando a tus caderas.

VIENE DE LEJOS

El chivato

Lo vi una noche cuando se perdía
entre desmelenados rastrojales
atravesando espejos fantasmales,
y un gato se erizó en el alma mía.

Lo vi un instante, mientras se encogía
para capear la lluvia de cristales,
y uñas de azogue bidimensionales,
maullidos al revés que nadie oía.

Sus ojos, ya meteoros en ceniza,
en mi insomnio encendieron una hoguera
refleja; inextinguible, abrasadora.

Millares de Descartes (con camisa
bermeja, gasolina en las mangueras)
atizan el incendio hasta la aurora.

EL CURA SIN CABEZA

Diré cómo era el cura sin cabeza
que vi una noche al pie de mi ventana,
cuando daba una vuelta a la manzana
bordeando el tajamar, reza que reza:

pechicaído, triste (con tristeza
de cura sin cabeza y sin solana):
flotando a un pie del suelo la sotana
de fósforo, raída de pobreza.

Ya todos te olvidaron: invisible
espectro por faroles consumido,
no estás ni en el infierno ni en la gloria.

¡Silencio!, no hagas ruidos tan horribles,
que todos en el pueblo se han dormido
y solo vela un niño en mi memoria.

EL BUQUE FANTASMA

Con ojos de vigía, hechos para perforar la noche,
quise ver, por última vez, tu rostro
de entonces,
cuando los dos éramos adolescentes silenciosos,
cohibidos por mi timidez y tu belleza.
De pronto,
como si se hubieran incendiado las tinieblas,
lo vi.
Era más hermoso y más terrible
de lo que decían los pescadores
(en general tan exagerados).
Y más grande, y más alto, y más marinero.
Y más veloz:
se cimbreaaba, con gracia de bailarina,
para mejor recibir el viento que hinchaba su velamen.
Y fue creciendo a velocidad de sueño,
y el resplandor se hizo más intenso
hasta vaciar de todo misterio la oscuridad.
Deslumbrado,
no alcancé a distinguir la silueta de quien iluminaba
con relámpagos y blasfemias el puente de mando.
Aquel prodigio no podía prolongarse sin poner en peligro
la estabilidad del archipiélago, siempre tan precaria.
Y por fortuna, muy pronto
la nao retornó a las sombras que la habían vomitado,
dejando una estela fosforescente
que flotó un instante sobre las olas
(como si desde la popa
manos invisibles les hubieran arrojado
guirnaldas de cocuyos), a la que se aferraron
con desesperación de ahogados.

Pero no podían retenerla, y por último
la dejaron hundirse lentamente en el mar.
Y se hizo de nuevo la noche.
La embrujada noche de las islas.

De puro agradecido recé una plegaria
por el alma del holandés errante,
condenado por toda la eternidad
a doblar el cabo de Buena Esperanza,
y a equivocarse de océano,
y a sortear arrecifes de puertos inexistentes
maldiciendo, siempre maldiciendo
al Señor de sus mayores.

Entonces le rogué a mi Dios
que lo perdonara, y que le permitiese
fondear definitivamente en la bahía
con que sueñan los marineros
de todos los navíos fantasmas.

¿QUÉ PASÓ REALMENTE EN *JABOC*?

«Así se quedó Jacob solo;
y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba;
y cuando el varón vio que no podía
con él, tocó en el sitio del encaje
de su muslo, y se descoyuntó
el muslo de Jacob».

—*Génesis* 32: 24-25

¿Por qué me acometiste? ¿A mí, precisamente a mí,
sin que mediara ninguna provocación?
¿Creíste que podías apuntarle una victoria fácil?
¿Ignorabas, acaso, que no soy ningún novato?
Ya desde el vientre de mi madre
me entrenaba día y noche
intercambiando puñetazos con Esaú
o patadas voladoras tan violentas,
que doblaban de dolor a la pobre Rebeca.
Cuando llegó la hora,
él, adelgazándose astutamente,
se colocó en posición de nacer.
Y yo, temiendo que me dejaran atrás
boyando en el charco amniótico,
asido al calcañar de Esaú
me dejé arrastrar por él fuera del tinglado prenatal.
De ese modo
—porque desde entonces ya era un tramposo—
vine al mundo.

El resto es historia antigua.
Mi vida fue una sucesión de fugas:
de mi hermano, de Lobán arameo, mi tío hermano,

padre de Raquel y ¡ay! también de Lea.
Una noche me fugué con mis ganados y mis hijos
e iniciamos el camino de regreso al añorado pegujal.
Dispuesto yo a enfrentar la venganza de Esaú,
quien, en un rapto de ira, prometió estrangularme
con sus *propias* manos de cabrito
por haberle birlado la primogenitura.
Y cuando hubieron pasado mis hijos y mujeres
el vado de Jaboc,
yo permanecí solo en esta orilla.
¿Por qué? ¿Estaba en ánimo belicoso?
¿Era una temeraria provocación?
Lo único cierto es que yo estaba desprevenido
cuando me atacaste.
Y luchamos, y nos dimos duro
hasta que el cielo se puso negro negro
y cerraron sus ventanas todas las estrellas.
(¿*Quién eres?*, te preguntaba una y otra vez
agarrándote por el pescuezo, ¿*cómo te llamas?*).
Yo estaba tan agotado, que te propuse una tregua;
pero tú insistías en proseguir el combate
hasta que uno de los dos dejara ahí la vida.
Cuando por fin comprendiste que no podías conmigo,
que jamás me vencerías en un combate limpio,
me tocaste «en el sitio del encaje del muslo».
Luego, inexplicablemente, me cambiaste el nombre,
el hermoso nombre que me pusieron mis padres,
por el de Israel [«el que lucha con Dios»].
Y yo bauticé el lugar del encuentro
Laniel [«el rostro de Dios»],
a fin de que todos supieran contra quién me había
(batido,
y a quién vencí, y quién, al sentirse ya perdido,
y ver que la luz ondulaba hacia nosotros

sobre las dunas,
amenazando con dejar al descubierto
sus facciones inefables,
me descoyuntó el muslo,
dejándome cojo por el resto de mis días.

INCIDENTE EN EL MORAZÁN

A la memoria de Carlos Martínez Rivas

Carlos,
anoche fui a esperarte al parque Morazán.
Me habías citado por teléfono
para leerme unos versos del mejor poeta del mundo,
que inesperadamente
te habían saltado a la cara
como un gato enloquecido,
cuando dabas vuelta a las páginas amarillentas
de un viejo *Repertorio Americano*.
Querías asegurarte personalmente
de que no dejara pasar de largo aquel aerolito
que al caer
incendió el mar de los Sargazos,
«porque te conozco bien, y sé que sos muy distraído».
Mientras caminaba con paso firme
hacia mi destino, traté de sacar la cuenta de las veces
que habías descubierto al mejor poeta del mundo.
Avancé por el centro del parque,
meditando en la paradoja
de los pueblos que matan a sus grandes hombres,
y luego les erigen estatuas
en el sitio exacto,
o aproximado,
en que cayeron.
De pronto me tomaron imperiosamente del brazo.
Creí que eras tú,
recatado por la sombra de los árboles
y de la noche sin luna.
Pero no, era Morazán, que quería explicarme bien
cómo fueron en realidad las cosas.

Mas yo tenía tanta prisa,
que lo dejé plantado frente a su *propia* estatua,
tal vez furioso porque no se le parecía,
o porque el escultor no fue capaz
de rematar con una corona radiata
su hermosa cabellera de bronce.
Lo dejé contemplándose, pensativamente,
y me le perdí por senderillos
que yo me sabía de memoria,
pero él no.

Y fui a sentarme al banco –Narciso que me mira,
y admira, fijamente,
en el estanque
patinado por unos cisnes venidos a menos,
sucios del orín que les llueve sin cesar
del Edificio Metálico.
Debía presentar un aspecto ofensivo desde lejos:
adolescente solitario cavilando
en los misterios de la vida,
o esperando el poema ajeno que ha de aclarárselos
de una vez por todas.
O a lo mejor no.
Llegamos a conocernos tan bien,
que yo hubiera apostado cualquier cosa
(mi juventud, por ejemplo)
a que, cuando terminaras de recitar
y se hubiese apagado
la adormecedora cadencia del yámbico,
dejarías caer, en la represada quietud de la hora,
el fallo inapelable:
«La verdad es que no es tan bueno
como me pareció al principio».
Pero pasaban los minutos, pasó una hora y nada.

con un éxtasis que poco a poco iba apagando la
(desilusión,
un treno del mejor poeta del mundo:
«La verdad es que no es tan bueno».
Mas lo que había tomado por tus pasos,
o por la elegía a Carole Lombard,
o por el *blues* de Saint Louis,
acaso no fue más que el bufido
de la pequeña tortuga, dormida
en el fondo del estanque de los cisnes,
cada vez que emergía
a la superficie a respirar,
o suspirar
por las aguas transparentes
y los jugosos pastos submarinos
de los que fue raptado
por expertos en secuestros y ejecuciones.
O tal vez eran los aleteos del dios rijoso
tratando de romper los barrotes de su prisión viviente.

En el ínterin,
el parque se había ido llenando de voces ríspidas,
de extraños mal encarados
a quienes evidentemente irritaba mi presencia
y la invocación de los muertos.
Corría 1999 (no 1942) a sumergirse en un nuevo siglo
y en un nuevo milenio.
Ya no tenemos dieciocho años de edad, Carlos:
yo soy un viejo achacoso y tú estás muerto.
Eres un muerto reciente,
pero muerto al fin.
Y a los que hoy frecuentan el parque Morazán
no les interesa la poesía.
Y los yámbicos los dejan tan fríos

como el viento que ha venido a instalarse
en el sitio que te había reservado
en nuestro banco predilecto.

Me incorporé con mucha dificultad,
apoyándome en el bastón de nazareno,
y volví al presente,
un presente que muy pronto será pasado
y después olvido.

OTRA VEZ LA MORSA Y EL CARPINTERO

«*The time has come, the Warlus said.*

To talk of many things:

of shoes, and ships, and sealing wax,

of cabbages and kings».

—Lewis Carroll, «*Through the Looking Glass*»

«Es hora ya de hablar de muchas cosas:

de reyes y repollos», de sirenas,

de espinacas, tritones y ballenas,

de algas, de hipotenusas esponjosas;

de naves y de voces melodiosas,

de avestruces, trapecios y verbenas,

de cera y de reacciones en cadena,

de botas y de yeguas misteriosas.

Los dos tragones vagan por la arena:

el carpintero de la voz *flintosa*

y la morsa de lengua mentirosa.

Con llanto de lagarto, o de ballena,

van contando las ostras de su cena

salteadas en historias fabulosas.

AL FINAL DEL CAMINO

Pregón del carbonero

*«Mee no want no bread
Mee no want no coffee
Mee no want no trouble
Mee no want no nothing
but me money».*

En esta insomne madrugada quiero
que regrese, del fondo del pasado,
el amargo pregón del carbonero
(su airada voz de puma acorralado).

En noches de verano o de aguaceros
ardió, bajo sus ojos deslumbrados,
el mangle aquel cundido de luceros
desprendidos de un cielo abarrotado.

Mucho antes de que hubiera amanecido
(la noche estaba anclada en la bahía)
por las calles del pueblo aún dormido
salía a pregonar su mercancía:
*«¡Carbón, carbón de mangle enriquecido
con lo más negro de la suerte mía!».*

PREGÓN

En noches de mi infancia josefina
no duermo, porque espero
la voz delgada y fina
que me anuncia el bribón del heladero:
«Traigo de mora
a las señoras;
traigo de piña
para las niñas;
traigo de frutas
para las putas».
Cumplida ya la cuota
de palabrotas
de la jornada,
yo ahuecaba la almohada
y me iba a navegar
hacia ínsulas remotas,
sin velas, sin aguja de marear.

ALREDEDOR DEL FOGÓN

Reunidas para conversar las viejas,
bajo una luna pálida, menguante,
repasan una a una sus consejas:
contemplando el fogón agonizante.

Y una de ellas me tapa las orejas,
acaso porque teme que no aguante
fábulas que no tienen moraleja,
historias sin final edificante.

Como si un toro muerto se lanzara
al ruedo a perseguirme, y me alcanzara
con la letal navaja de sus cuernos,

y gracias a un descuido de la vieja
se deslizó en mi ser la Tulivieja
a prepararme para el fuego eterno.

FOGONES

II

O sentadas en torno a sus fogones,
mientras una freía chicharrones
y otra majaba ricos patacones,
el más viejo de esos viejarrones
(que solía callar en las reuniones)
metió el suyo entre tantos cucharones:
—Todos los hombres son unos cabrones
[pensando en Dios sabrá cuántas traiciones]:
son rijosos, infieles y ladrones.

Y se extravió en amargas reflexiones.

LOS SOCIOS

Entre todos el primero
fue Sam el carretonero
(un perfecto caballero).
Sam de epilepsia sufría,
su mulo de alferecía.
Cuando él tenía un acceso,
lo arrastraba el mulo fiel,
mas si el mulo era el poseso,
su amo cargaba con él
de vuelta al mismo lugar:
compartían el hogar
y las ganancias modestas.

Aunque les fuera muy mal,
al llegar el carnaval
los socios se iban de fiesta.
Y si uno se emborrachaba
el otro con él cargaba.

La maestra los proponía
como ejemplo de armonía
entre seres generosos;
mas yo que los conocía,
por lo bajito decía:
«¡Son un par de crapulosos!».

PROMESA

Cavaré en mi corazón una fosa bien
profunda para sepultarte.
Y, si pudiera, en cada aniversario
iría a depositar una corona de flores
en la tumba de la mujer desconocida.

LECCIÓN DE HISTORIA

En 1846
todas las mujeres de mi pueblo
iban provistas de una navaja en la liga
y una cutacha al cinto.
¡Y ay de ti si le eras infiel,
o le faltabas el respeto,
o la mirabas de mala manera,
o te acostabas con ella sin ganas!

VIRGEN RECURRENTE

Nunca supe su nombre verdadero
y me niego a llamarla por su apodo,
que utilizaban todos:
del juez enhiesto al corvo barrendero.
Todos, sin excepción,
usaban el horrendo sobrenombre,
porque se murmuraba
que no se le escapaba
ningún varón:
desde un muchacho impúber hasta un hombre
hecho y derecho,
de pelo en pecho
y patas de cabrón.

Pero cada vez fue la vez primera
para ella. Para mí, el aprendiz, era
la virgen que soñaba desflorar
detrás de Carenero, junto al mar.

¡Y que diga la gente lo que quiera!

ELOGIO DEL MARTÍN PESCADOR

Te he visto muchas veces
en la fragancia de una madrugada:
receloso, arisco,
haciéndote uno con la fronda helada,
escrutando a Bonyic, que se estremece
al sentir tu ojo gris de basilisco
mirando sus espaldas escamadas.

De repente,
en vuelo rasante
remontabas la corriente
para localizar
(Pedro García alado)
tu presa, pescador. Con gran cuidado,
cuando en el cielo silencioso hundía
sus raíces la luz del nuevo día:
y sus reflejos de oro te cegaban,
en el agua perspicua sumergías
tu cabeza incendiada de luceros,
para exhibir triunfalmente un bagre entero
—uno más de tus diminutos peces—,
debatiéndose furiosamente
entre tus garras y su frágil vida.
Con tres tenías más que suficiente
hasta la comida
del día siguiente.
Pescador ducho, pero providente,
en tanto sofocabas las confusas

llamas que en tu cabeza crepitaban,
atrapabas
–con la velocidad de un balazo–
tu condomio, de un solo picotazo,
para evitar la baba
inmunda, de medusa,
de los cronófagos
que bullen en el río,
y al rejuvenecerlo lo mantienen
siempre igual a sí mismo y al pasado
(tú, que no lo has leído,
te sientes cada día más seguro
de que Heráclito de Éfeso, el oscuro,
se había equivocado:
Puedes pescar siempre en el mismo río
y tejer en la orilla el mismo nido).
Pero las nutrias miopes, sin oído,
sordas al estridente vocerío
de las piedras proféticas,
pulidas y simétricas,
a veces las confunden con *bibritas*.
Luego quedan boyando
como si alguien, jugando,
arrojara dinamita
al agua remansada,
donde, a tientas, desgarran
las mojaras
con sus garras
de manigordo (tigre de bolsillo)
y sus filosos dientes de babillo.

GRACIA Y DESGRACIA DEL PÁJARO CARPINTERO

No es un cuento
que se lo lleva el viento.
Es la pura verdad:
Enrique el Pajarero,
(quien fue tan admirado
por una encarnación de la maldad*
lo hubiera disfrutado).

Al cumplir los cien años de su edad,
un pájaro carpintero,
harto de estar soltero,
quiso sentar cabeza, y pidió el ala
de una despampanante
coruscante
picamaderos.

Se puso su mejor traje de gala,
y fue a ofrecerle
un hogar bien seguro
muy tiernamente oscuro,
donde conciben a los descendientes
de carpinteras y de carpinteros.
Ella, naturalmente,
trinó que sí a la proposición,
pero puso una horrible condición,
que él, impaciente, tuvo que aceptar:
quería su agujero
(digo, su dulce hogar)

* Heinrich Himmler.

no en un jobo, que nuestro carpintero
hubiera perforado
de cuatro, cinco o nueve picotazos.
Tampoco en un frondoso pomarrosa,
con frutos deliciosos
al alcance de sus picos lañados
por el Supremo Herrero
(tan experto en lañar
los picos de los pájaros leñeros,
que no se notan casi las junturas).
Hoy pienso que otro gallo más jugado
se hubiera arrepentido por su tono
(de áspera suegra y *nagging wife* mixtura).
Quiero —habló su futura compañera,
echando para atrás la cabellera—
mi vivienda en el cono
de un guayabo de cien metros de altura.
Cuando él se disponía
a cumplir su promesa
(tan profundo era su amor)
comprendió, con tristeza,
que para perforar
un hogar
en la madera
que eligió calzoncitos de arpillera
necesitaba de un puñal de acero,
no el trebejo de un pobre carpintero,
que en el primer trancazo
se partió en mil pedazos.

No sobreviviría a su fracaso,
y desde el falso cielo se nos precipitó
como una bala al suelo.
Así que no llegó

a ver la puñetera
(con él tan exigente
en clases de madera)
cohabitando con otro carpintero
como esposo y esposa
en un hondo agujero
excavado en el bando pomarrosa.

Mas el ornitodiós la castigó:
pues de esa unión ni un solo hijo nació.
Ella ponía huevos puntualmente,
pero salían casi todos hueros,
o escaldados,
o rancheros,
o ya pasados
por agua, fritos, duros o estrellados.
Cuando al fin se colmó
el pequeño Malthus,
que creyó estar casado
con Mother Goose,
temiendo no dejar ni un pajarillo
como heredero,
le preguntó si no pertenecía
a una especie distinta
(como a los despreciados Chupacueros,
digamos). Y un buen día,
harto ya de la espera,
decidió abandonar a su compañera
y se fue del pomar de puro cuero
con otra carpintera,
más joven y *fermosa*,
pero ante todo mucho más fecunda
que la otra vagabunda.

**MISTERIO MORENO,
«DOMADOR DE CABALLOS»**

*Para Homero,
era el mayor elogio que podía hacerse de un guerrero.*

Pero si hubo un varón
en la historia del mundo entero,
que mereció ser definido
por su habilidad, en serio,
fue mi querido
maestro y amigo Misterio Moreno.
Lo vi tantas veces (yo con el corazón
en la boca) rebajar el potro más cerrero
a una caricatura de sí mismo.
Por ejemplo, el Lucero,
gigantesco caballo
recién llegado a la finca. Temido por todos los vaqueros,
en un-dos-por-tres Misterio moreno lo había reducido
a la mansedumbre de un garañón emasculado.

Siguió siendo brioso el Lucero,
pero se dejaba ensillar (solo por Misterio) mansamente,
y luego se lanzaba a galope tendido por el potrero;
y se le encendía aún más la estrella de la frente,
al saber quién empuñaba
vigorosamente
las riendas, quién era el jinete,
qué manos firmes y callosas
empuñaban el fuste
con que lo acicateaba.
Y así era con cualquier potro caracolero:
en un-dos-por-tres lo dejaba como al Lucero.

Caballo y hombre parecían
un solo ser fugado de un manual de mitología,
centauro impotente ahora venido a menos
(de un solo tajo en dos mitades dividido).
Perdida su plenitud salvaje,
montado por Moreno
daba voces
y coces
lleno de coraje
y de alegría.

Los héroes despiertan la envidia de los hombres malos,
que vienen al mundo con la marca de Caín
en la frente y en el falo.
Una noche de torrenciales aguaceros,
le tendieron una emboscada en la aspereza
de un rastrojal, y con machetes asentados en aguardiente
lo dejaron sin cabeza.
Y cuentan que esa madrugada oyeron al Lucero
relinchar inconsolablemente,
y los otros caballos que él domó
murieron todos de tristeza.

MARINA

Miro bajar las aguas transparentes
rumbo al delta del río o al olvido,
pensando en cuántas cosas he perdido
o se las ha llevado la corriente.

Todo ha ocurrido misteriosamente:
lo que era mío se ha desvanecido,
mientras que tú escuchabas el rugido
del Teribe tramando una creciente.

O la barra, o el toro arrodillado
que vigila las olas del Caribe,
desviando de mis islas los ciclones.

Resuelto a recobrar lo que he extraviado,
cerniré la corriente del Teribe
o rajaré en canal los tiburones.

PRINCIPIO Y FIN

«El día que tú naciste
grandes señales había».

—Romance morisco

Para empezar, Venus se ocultó púdicamente
detrás del bananal.

Luego, desde más allá de Orión,

empezó a caer escarcha azul

que fue borrando uno a uno

todos los astros y estrellas del firmamento.

Y el toro que guarda celosamente el archipiélago,

como si estuviera en celo,

se puso a bramar y a bramar desconsoladamente

hasta quedar afónico.

Y el viento cauteloso se detuvo en seco,

dejando las olas en suspenso.

Y el rocío me supo a miel antes de que tocara el

pasto.

Y el río se retorció como si lo estuvieran estrangulando,

o haciéndole cosquillas,

y lejos, muy lejos (¡Dios sabe a cuántos años luz!),

los cometas aceleraron su alocada marcha

hacia el abismo.

Y un ángel vidajena se descolgó del *angelorio*

para aguaitar, por el cedazo de una ventana,

la cama donde tú venías al mundo

para hacerme feliz, años más tarde,

durante tres noches consecutivas

con sus días bien contados,

al cabo de los cuales dijiste: «¡Hasta mañana!»,

antes de desaparecer para siempre de mi vida.

TRABAJOS Y PELIGROS

Avanzo por un territorio desconocido,
pero a diez metros de distancia, en línea recta,
me espera, bostezando, un abismo sin fondo.
A mi izquierda se abre un pozo lleno de lagartos,
que, impacientes por mi demora,
se muerden unos a otros y cada uno su *propia* cola.
En torno a la fortaleza corre un foso,
erizada de aletas escalofriantes.
Y no puedo retroceder,
porque a mis espaldas un tigre siberiano
galopa hacia mí,
relamiéndome los bigotes a la vista del festín.
Arriba revolotean furiosas águilas calvas,
preparándose para caer sobre la mía a picotazos,
y vengarse así
del indiscutible rey mundial de la cetrería
por el cautiverio y humillante servidumbre
a que he sometido
a los gavilanes, primos suyos lejanos
por parte de Darwin.
Pero a mí nada de eso me preocupa
(*What, me worry?*).
Como Mr. Magoo, avanzo serenamente
buscando la manija de la puerta.
En la sala están esperándome
mis discípulos de primaria
(unos vivos, la mayoría muertos)
para celebrar los setenta y siete años de graduación.

SECRETOS DEL *GÉNESIS*

Y Dios creó al guayacán,
y vio que el guayacán era bueno.
Pero de pronto retrocedió unos pasos
como un pintor perfeccionista que se aleja
para ver bien el producto final de su faena,
y notó que algo le faltaba
a aquel tronco
grácil y duro como el cuerpo de una doncella
(todavía por crearse)
asediada por brutales seres invisibles.
Entonces Dios extendió la mano
hasta tocar las ramas
con las yemas de sus dedos.
Y Él mismo quedó sorprendido
por la llamarada amarilla de un voraz incendio
que, habiéndose iniciado en las raíces,
parecía dispuesto a consumirlo todo:
«... la tierra, la luz y la sombra
y la expansión de las aguas
y el árbol de la ciencia del bien y del mal»¹.

¹ Del Génesis.

Y dijo Dios al guayacán:
Como se me fue la mano contigo
(no sé en qué estaría pensando),
te condeno a florecer
una sola vez al año, durante veinticuatro horas;
pero será una belleza que no es de este mundo,
un lujo estéril,
un recreo para la vista, que no ha de culminar en fruto.
Y entonces creó el tiempo,
y lo fragmentó en unidades microcrónicas,
a fin de que árboles y aves del paraíso
supieran bien a qué atenerse.

NOTICIA DE GUINYÍN

Guinyín:

Yo sé que fuiste directamente al cielo:
sus puertas desaparecieron
como si hubieran sido accionadas
por un mecanismo automático
que tu sola presencia hubiera abierto de par en par
al reconocerte el ojo electrónico que parpadea
y guiña para cerrarles el paso a las personas importantes.
Y te recibió un dulcísimo coro de dulzainas.
Ibas provisto de una pana enorme
por si había que lustrarle las botas a san Pedro
o al mismísimo Dios.
Pero ahí nadie se ensucia los zapatos.

Las paredes transparentes estaban cubiertas
por relojes sin manecillas,
porque ¿qué sentido tiene medir
el tiempo en la eternidad?
Su función era puramente decorativa
como si tú mismo
hubieras diseñado
la morada del Señor.

Ya no tendrás que volver a empujar el carretón,
el viejo carretón de ruedas metálicas rechinantes,
cuyo sonido llenaba de pavor
a todos los enfermos de cuidado.

Después de que hizo
Su último viaje al cementerio,
llevándote a ti de pasajero,
alguien lo retiró de circulación
porque había cumplido ya su hornada;
y lo puso en el centro mismo del museo celestial,
donde se guardan las curiosidades de los mortales.
Y ahí podrán verlos las ánimas benditas,
junto a las carrozas fúnebres,
los fornidos percherones enlutados,
la guillotina, el garrote vil y la silla eléctrica.

ÍNDICE

Poema bárbaro	5
En el oncenno aniversario de la muerte de mi madre	6
Confesión	8
En la isla (1934)	9
Deseo	10
Elegía a un soneto	11
Monotonía	12
En el crepúsculo lluvioso	13
Adánica	14
Final	15
Onán	16
Adiós	17
Aproximación poética a la muerte	18
Encuentro	29
Recuerdo	30
Presentación de la Tulvieja	31
Así (poco más o menos)	32
Gran cabanga con una pequeña venganza	33
Memento	34
De madrugada	35
A Tadeo Brown	36
A Garza (para un espejismo al revés)	37
Retrato	38
Nostalgia y miedo	39
Cabanga	40
Pearly	41
Galería	43
La espera	45
Rayo de cordura	46
Los peligros del faro fantasma	47

<i>Greasy man</i>	48
La dama oscura	49
En la noche del 19 de agosto de 1976	52
<i>Ars moriendi</i>	55
<i>New aproache</i>	56
Viene de lejos	57
El cura sin cabeza	58
El buque fantasma	59
¿Qué pasó realmente en <i>Jaboc</i> ?	61
Incidente en el Morazán	64
Otra vez la morsa y el carpintero	69
Al final del camino	70
Pregón	71
Alrededor del fogón	72
Fogones II	73
Los socios	74
Promesa	75
Lección de historia	76
Virgen recurrente	77
Elogio del martín pescador	78
Gracia y desgracia del pájaro carpintero	80
Misterio Moreno, «Domador de caballos»	83
Marina	85
Principio y fin	86
Trabajos y peligros	87
Secretos del <i>Génesis</i>	88
Noticia de Guinyín	90

Tristán Solarte

Guillermo Sánchez Borbón (Tristán Solarte) nació en Bocas de Toro, Panamá, el 1 de junio de 1924. Sus primeros estudios los hizo en su ciudad natal, y en San José, Costa Rica, concluyó los secundarios. Fue técnico de laboratorio y trabajó en la embajada de Panamá en Buenos Aires; y como profesor emérito, en la cátedra de Literatura Panameña, en la Universidad de Panamá.

Sus principales ocupaciones se han concentrado en su obra literaria, poesía y novela; y en el periodismo, como autor de la famosa columna «En pocas palabras», que fue la voz más crítica y valiente contra la dictadura militar en Panamá.

Su obra poética tiene los siguientes títulos: *Voces y paisajes de vida y muerte* (1950), *Evocaciones* (1950), *Aproximación poética a la muerte* (1952), *Los nombres y los sitios* (1971), *Vienen de lejos* (2000). Su obra novelística la representan *El ahogado* (1957); *Confesiones de un magistrado* (1968) y *La serpiente de cristal* (2000).

Recibido en la Academia Panameña de la Lengua en 1979, Tristán Solarte es, desde 2003, director sustituto.



Academia Panameña
de la Lengua